

irradiación del porvenir, y nosotros bajamos á una tumba iluminada por la aurora.

Enjolras se detuvo; era más bien una interrupción que el fin de su discurso. Sus labios seguían moviéndose en silencio, como si continuase hablando consigo mismo, y sus compañeros, atentos y ansiosos de recoger aquellas palabras, no apartaban de él la vista. No hubo aplausos; pero se habló en voz baja mucho tiempo.

La palabra es aire, y el estremecimiento de las inteligencias se parece al estremecimiento de las hojas.

VI

MARIO ESQUIVO Y JAVERT LACÓNICO

Digamos lo que pasaba en el pensamiento de Mario.

Téngase presente el estado de su alma.

Como acabamos de indicar, para él todo se había reducido á visión. Sus ideas estaban confusas. Mario, repitámoslo, se hallaba bajo la sombra de las grandes alas tenebrosas, abiertas sobre los agonizantes. Sentía que había penetrado en él el sepulcro, y pareciale que estaba al otro lado de la barrera, no viendo ya las caras de los vivos sino con los ojos de un muerto.

¿Cómo y por qué se encontraba allí el señor Fauchelevent? ¿Qué iba á hacer á la barricada? Mario no trató de averiguar nada de esto; pues siendo propio de nuestra desesperación extenderse á cuanto nos rodea, hallaba lógico que todos fuesen á morir á aquel sitio.

Pensó, no obstante, en Cosette con indecible angustia.

Por lo demás, el señor Fauchelevent no le habló, ni aún le miró, y hasta pareció no haber oído cuando Mario, levantando la voz, dijo:—Le conozco.

Esta actitud del señor Fauchelevent aliviaba á

Mario de un gran peso, y aún diríamos que le agradaba, si, tratándose de tales impresiones, pudiera emplearse esta palabra. Habíase sentido siempre incapaz de hablar á aquel hombre enigmático, que era para él á la vez equívoco é imponente. Además, hacía mucho tiempo que no le había visto; lo cual, unido á la índole tímida y reservada de Mario, aumentaba más todavía su retraimiento.

Los cinco hombres designados salieron de la barricada por la callejuela de Mondétour, perfectamente disfrazados de guardias nacionales. Uno de ellos se fué llorando. Todos, antes de partir, dieron un abrazo de despedida á los que se quedaban.

Cuando aquellos cinco hombres, devueltos á la vida, se marcharon, Enjolras pensó en el sentenciado á muerte y entró en la sala baja. Javert, atado al poste, parecía meditabundo.

—¿Quiéres algo?—le preguntó Enjolras.

Javert contestó:—¿Cuándo me matáis?

—Aguarda. En este momento necesitamos todos nuestros cartuchos.

—Entonces dadme de beber,—dijo Javert.

Enjolras le presentó un vaso de agua, y como Javert estaba atado, le ayudó á beber.

—¿Quiéres algo más?—preguntó de nuevo Enjolras.

—Estoy mal en este poste,—respondió Javert.—¡Habéis tenido alma para dejarme pasar aquí la noche! Atadme como más os plazca; pero se me figura no habrá inconveniente en que se me tienda como á ese otro sobre una mesa.

Y con un movimiento de cabeza, indicaba el cadáver del señor Mabeuf.

Se recordará que, en el fondo de la sala, había una mesa grande, donde se habían fundido balas y hecho cartuchos; ahora bien, empleada toda la pólvora

y hechos todos los cartuchos, aquella mesa estaba libre.

Por orden de Enjolras, cuatro insurrectos desataron á Javert del poste, teniendo otro mientras tanto una bayoneta apoyada en su pecho. Le dejaron las manos atadas atrás, le sujetaron los piés con una cuerda delgada, pero fuerte, de modo que pudiera dar pasos de quince pulgadas, como se hace con los que van á subir al cadalso, y se le condujo hasta la mesa del fondo, tendiéndole allí y atándole perfectamente por la mitad del cuerpo.

Para mayor seguridad, mediante una cuerda fija al cuello, se añadió al sistema de ligaduras que le ponía en la imposibilidad de evadirse, esa especie de lazo, llamado en las cárceles gamarra, que, partiendo de la nuca, se bifurca en el estómago y llega á las manos después de haber pasado por entre las piernas.

Mientras amarraban á Javert, un hombre, en el umbral de la puerta, le consideraba con singular atención. La sombra que formaba aquel hombre hizo volver la cabeza á Javert. Alzó los ojos y conoció á Juan Valjean. Sin el menor estremecimiento, los bajó de nuevo con altivez y se limitó á decir:

—Es natural.

DE CÓMO LA SITUACIÓN SE FUÉ AGRAVANDO

El día adelantaba rápidamente; pero las ventanas y las puertas permanecían cerradas. Era la aurora, no el despertar. Las tropas, como hemos dicho, habían desocupado la extremidad de la calle de la Chanvrerie, que á la sazón parecía libre y que brindaba al transeunte con una tranquilidad siniestra. La calle de San Dionisio estaba muda, como el paseo de los esfinges en Tebas. Ni un solo ser viviente se veía en las encrucijadas que blanqueaba un reflejo de sol. Nada hay tan lúgubre como esa claridad de las calles desiertas.

Aunque no se divisaba á nadie, en cambio se oía. Notábase á cierta distancia un movimiento misterioso. Era evidente que el instante crítico iba á llegar. Como la víspera por la noche, los centinelas se replegaban; pero esta vez no quedó ninguno.

La barricada estaba más fuerte que en el primer ataque, y desde la partida de los cinco, se la había levantado más aún.

Enjolras, por aviso del centinela á quien tocó observar los Mercados, temeroso de ser sorprendido por aquella parte, adoptó una resolución grave. Mandó hacer otra barricada en la pequeña boca-

calle de la de Mondétour, que había permanecido libre hasta entonces. Para esto fué preciso desempeñar algunas varas más de calle. De este modo, la barricada, tapiada en tres calles, la de la Chanvrerie por delante, la del Cisne y la Pequeña Truanderie á la izquierda y la de Mondétour á la derecha, era casi inexpugnable; aunque, en verdad, constituía un fatal encierro. Tenía tres frentes, pero ninguna salida.

—Fortaleza y ratonera al mismo tiempo,—dijo riéndose Courfeyrac.

Enjolras mandó hacinar, junto á la puerta de la taberna, unos treinta adoquines que se habían «arrancado de más», decía Bossuet.

El silencio era tan profundo por el lado de donde debía venir el ataque, que Enjolras hizo que cada cual ocupase de nuevo su respectivo puesto.

Distribuyóse á todos una ración de aguardiente.

Nada hay más curioso que una barricada preparándose á recibir el asalto. Cada cual elige su sitio como en el teatro. Se recuestan, apoyan los codos, se respaldan y hasta algunos forman sillones con los adoquines. Si la esquina de una pared incomoda, todos se alejan de ella; si sobresale un ángulo protector, á él se acogen. Los zurdos hacen buena obra, pues ocupan los sitios que molestan á los demás. Muchos se disponen á combatir sentados, queriendo estar cómodos para matar y para morir.

En la funesta guerra de junio de 1848, un insurrecto que tenía una puntería terrible, y que hacía fuego desde una azotea, había dispuesto le llevasen un sillón á la Voltaire, y en él murió de un casco de metralla.

En cuanto el jefe manda el zafarrancho de combate, todos los movimientos desordenados cesan. No más empujones, no más corrillos, no más apartes; todo lo que bulle en los ánimos, converge y se cam-

bia en ansiedad, esperando la embestida. Antes del peligro, una barricada es el caos; en el peligro, es la disciplina. Del peligro nace el orden.

Desde que Enjolras tomó su carabina de dos cañones y se situó en una especie de almena que se había reservado, todos callaron. Oyóse un ruido de golpes secos resonar confusamente en toda la extensión de la barricada. Era que se montaban los fusiles.

Por lo demás, reinaba allí más grandeza de ánimo, más confianza que nunca. El exceso del sacrificio fortalece; no tenían ya esperanza, pero les quedaba la desesperación. La desesperación, última arma que á veces da la victoria; Virgilio lo ha dicho. Los recursos supremos emanan de las resoluciones extremas. Embarcarse en la muerte, suele ser á veces el medio de evitar el naufragio, y la tapa del ataúd se convierte en este caso en tabla de salvación.

Como la vispera por la noche, la atención de todos se dirigía y casi pudiera decirse que se apoyaba en la extremidad de la calle, ahora clara y visible.

No aguardaron mucho tiempo. El movimiento empezó á oirse distintamente por el lado de San Leu, aunque no se parecía al del primer ataque. Esta vez el crugido de las cadenas, el alarmante rumor de una masa, la trepidación del bronce al saltar sobre el empedrado, especie de ruido solemne, anunciaron que se aproximaba alguna siniestra armazón de hierro. Estremeciéronse las entrañas de aquellas antiguas y tranquilas calles, abiertas y construídas para la fecunda circulación de los intereses y de las ideas, y no para que rodasen por ellas, con monstruoso estrépito, los carros de guerra.

La fijeza con que las pupilas de todos los combatientes se clavaban en el extremo de la calle, tomó una expresión feroz.

Apareció una pieza de artillería.

Los artilleros la conducían, colocada ya sobre las muñoneras y sin el avantren. Dos de aquellos iban junto al afuste, cuatro empujaban las ruedas y otros seguían con el arcón. Veíase humear la mecha encendida.

—¡Fuego!—gritó Enjolras.

Toda la barricada hizo fuego, y la detonación fué espantosa; una tempestad de humo envolvió y oscureció la pieza de artillería y los hombres. Después de algunos instantes se disipó la nube, y el cañón y los hombres reaparecieron. Los artilleros acababan de colocarlo enfrente de la barricada, con lentitud, en toda regla, sin precipitación de ningún género. No había ni uno herido. En seguida el jefe, apoyándose en la culata para elevar el tiro, se puso á apuntar el cañón con la gravedad de un astrónomo que asesta el anteojo.

—¡Bravo por los artilleros!—gritó Bossuet.

Y toda la barricada aplaudió.

Un momento después, la pieza, perfectamente situada en medio de la calle, como si dijéramos á caballo sobre el arroyo, estaba ya en batería. Abriase ante la barricada una formidable boca.

—¡Bien, bien!—dijo Courfeyrac.—Aquí viene lo gordo. Después del papirotazo, la puñada. El ejército extiende su garra hacia nosotros. La barricada va á sentirse sacudir seriamente. Los fusiles no hacen más que tantear, el cañón coge.

—Es una pieza de á ocho, del método moderno, y de bronce,—añadió Combeferre.—Esa clase de piezas, por poco que se exceda de la proporción de diez partes de estaño en ciento de cobre, están expuestas á reventar. El exceso de estaño las ablanda demasiado, y entonces se forman escarabajos en el oído. Para evitar esto, y poder forzar la carga,

tal vez convendría volver al procedimiento del siglo xiv, y circuir exteriormente la pieza con un sistema de anillos de acero sin soldadura, desde la culata hasta los muñones. Entretanto, se remedia ese defecto del mejor modo posible. Para conocer dónde están los escarabajos del oído de un cañón, se hace uso de la sonda, si bien es preferible emplear la estrella móvil de Gribeauval.

—En el siglo xvi—observó Bossuet,—se rayaban los cañones.

—Sí,—contestó Combeferre,—eso aumenta la potencia balística, pero disminuye la presión del tiro. En el tiro, á corta distancia, la trayectoria no tiene la tensión debida, y exagerándose la parábola, el camino del proyectil no es bastante rectilíneo para poder herir los objetos intermedios, á pesar de ser una necesidad del combate, cuya importancia crece con la cercanía del enemigo y la precipitación de los disparos. Esta falta de tensión de la curva del proyectil en los cañones rayados del siglo xvi, consistía en lo escaso de la carga; y las cargas pequeñas, en las máquinas de que hablamos, son una exigencia de las necesidades balísticas, tales, por ejemplo, como la conservación de los afustes. En suma, el cañón, ese déspota, no puede todo lo que quiere; la fuerza es una gran debilidad. Una bala de cañón no anda más que seiscientas leguas por hora; la luz recorre setenta mil en un minuto. Tanta es la superioridad de Jesucristo sobre Napoleón.

—Volved á cargar,—dijo Enjolras.

¿Cómo iba á recibir la armazón de la barricada el embate de la artillería? ¿Abrirían brecha las balas? Esta era la cuestión.

Mientras que los insurrectos cargaban de nuevo sus fusiles, los artilleros hacían lo propio con el cañón.

La ansiedad era profunda en el reducto. Salió el tiro y sonó la detonación.

—¡Presente!—gritó una voz con alegría.

Y al mismo tiempo que la bala dió contra la barricada, vióse á Gavroche lanzarse dentro.

Llegaba por el lado de la calle del Cisne, y había andado listo en saltar la barricada accesoria que estaba en frente del laberinto de la Pequeña Truanderie.

Gavroche produjo en la barricada más efecto que la bala.

Habíase perdido ésta en los escombros, logrando á lo sumo romper una rueda del ómnibus y acabar con la carreta vieja de Anceau. Los de la barricada, al ver esto, se echaron á reir.

—Continuad,—gritó Bossuet á los artilleros.

VIII

LA COSA SE VA PONIENDO SERIA

Todos cercaron á Gavroche.

Pero Mario, sin darle tiempo para contar nada, le tomó aparte, y estremeciéndose le dijo:

—¿Qué vienes á hacer aquí?

—¡Toma!—le respondió el pilluelo:—¿Y vos?

Y miró fijamente á Mario con su descarado hípico. Sus dos ojos se agrandaban por efecto de la arrogante lucidez que despedían las órbitas.

Mario prosiguió con severo acento:

—¿Quién te ha dicho que volvieras? Supongo que habrás entregado mi carta.

No dejaba de escocerle algo á Gavroche lo pasado con aquella carta; pues con la prisa de volver á la barricada, más bien que entregarla, lo que hizo fué deshacerse de ella. No podía menos de decir en sus adentros, que la había confiado con sobrada ligereza á aquel desconocido, cuyo rostro no logró siquiera distinguir, á pesar de tener descubierta la cabeza. En una palabra, reprendíase interiormente, y temía los cargos que Mario pudiera dirigirle. Para salir del apuro, eligió el medio más sencillo, que fué el de mentir abominablemente.

—Ciudadano, entregué la carta al portero. La señora dormía y se la darán en cuanto despierte.

Mario, al enviar aquella carta, se había propuesto dos cosas: despedirse de Cosette y salvar á Gavroche. Tuvo que contentarse con la mitad de lo que quería.

El envío de su carta y la presencia del señor Fauchelevent en la barricada ofrecían cierta correlación, que no dejó de presentarse á su espíritu, y dijo á Gavroche, mostrándole á aquél:

—¿Conoces á ese hombre?

—No,—contestó Gavroche.

En efecto, según acabamos de recordar, no había visto á Juan Valjean sino de noche.

Las confusas y débiles conjeturas que habían principiado á formarse en el espíritu de Mario, se disiparon. ¿Acaso conocía él las opiniones del señor Fauchelevent? Muy bien podía ser republicano, y de ahí su presencia en el sitio del combate.

Gavroche estaba ya al otro extremo de la barricada, gritando:

—¡Mi fusil!

Courfeyrac mandó que se le entregasen.

Gavroche advirtió á los «camaradas» (así los llamaba) que el bloqueo de la barricada era cosa hecha; que á él le había costado mucho trabajo el llegar. Un batallón de línea, cuyos pabellones estaban en la Pequeña Truanderie, tenía ocupada la salida de la calle del Cisne, y, por el lado opuesto, la guardia municipal se había apostado en la calle de Predicadores. Enfrente estaba el grueso del ejército.

Cuando hubo dado estas noticias, añadió Gavroche:

—Os autorizo para que los zurréis de lo lindo.

Entretanto, Enjolras, desde su almena, con el oído atento, espiaba.

Los sitiadores, poco contentos sin duda de su cañón, no le habían vuelto á hacer funcionar.

Una compañía de infantería de línea ocupó la extremidad de la calle, detrás de la pieza. Los soldados desempedrabán la calzada y construían allí, con los adoquines, una pared baja, especie de parapeto, que apenas excedía de diez y ocho pulgadas de altura, y daba frente á la barricada. En el ángulo izquierdo de este parapeto se veía la cabeza de un batallón de las afueras, formado en columna cerrada en la calle de San Dionisio.

Enjolras, desde su atalaya, creyó percibir ese ruido particular que se hace al sacar del arcón las cajas de metralla, y vió al jefe cambiar la puntería é inclinar ligeramente la boca del cañón á la izquierda. Después, los artilleros se pusieron á cargar la pieza. El jefe mismo cogió el bota-fuego y lo acercó al oído.

—¡Bajad la cabeza!—gritó Enjolras.—¡Todos de rodillas en la barricada!

Los insurrectos, esparcidos delante de la taberna y que habían dejado su puesto de combate á la llegada de Gavroche, corrieron en pelotón á la barricada; pero aún no se había ejecutado la orden de Enjolras, cuando se oyó el tiro, con ese ronquido terrible de las descargas de metralla. Lo era efectivamente.

La carga había sido dirigida á la cortadura del reducto, rebotando contra la pared, y de este espantoso rebote resultaron dos muertos y tres heridos.

Continuando así, la barricada sería pronto destruída. La metralla se abría ancha calle.

Hubo un rumor de consternación.

—Impidamos á lo menos el segundo metrallazo,—dijo Enjolras.

Y bajando la carabina, apuntó al jefe que en aquel

momento, inclinado sobre la culata del cañón, rectificaba y fijaba definitivamente la puntería.

El jefe era un guapo sargento de artillería, joven, rubio, de rostro apacible, con ese aire inteligente propio del arma predestinada y tremenda, que, á fuerza de perfeccionarse en el horror, debe concluir por matar la guerra.

Combeferre, de pie junto á Enjolras, consideraba á aquel joven.

—¡Qué lástima!—dijo.—¡Qué horrible cosa son estas carnicerías! Por fin, cuando ya no haya reyes, no habrá guerras. Enjolras, tú apuntas á ese sargento, pero no le miras. Figúrate un hermoso joven. Que es intrépido no cabe duda; se le ve que piensa. Son muy instruídos esos artilleros. Tendrá padre, madre, familia; amará probablemente. Representa á lo sumo veinticinco años; pudiera ser tu hermano.

—Lo es,—dijo Enjolras.

—Sí,—prosiguió Combeferre,—y también mío. No le matemos, pues.

—Déjame. Lo que es preciso, es preciso.

Y una lágrima rodó lentamente por la mejilla de mármol de Enjolras.

Al mismo tiempo oprimió el gatillo de su carabina y salió el tiro. El artillero giró dos veces sobre sí mismo, tendidos los brazos y levantada la cabeza como para aspirar el aire; después cayó de costado sobre la pieza sin volver á moverse. Salíale de la espalda un arroyo de sangre. La bala le había atravesado el pecho de parte á parte. Estaba muerto.

Fué menester llevarle de allí y poner á otro en su lugar; con lo que se ganaban, en efecto, algunos minutos.